

~~Apr 25~~

25.

Leg. 13. paquete 2 ——— 54

1040

SÉRMON

DE SAN FERNANDO,

REY DE ESPAÑA.

HTCA

U/Bc LEG 13-2 nº1040



5>0 0 0 0 5 4 5 5 7 6

137-5

SERMON

DE SAN FERNANDO.

REY DE ESPAÑA.

SERMON

DE SAN FERNANDO,

REY DE ESPAÑA,

predicado á la Asamblea y Capítulo de la Real, Militar y Benemérita Orden de Caballeros de San Fernando, presidida por el *REY NUESTRO SEÑOR DON FERNANDO VII*, Gefe y Soberano de este Nobilísimo Orden de Caballería, el dia 2 de Junio de 1817,

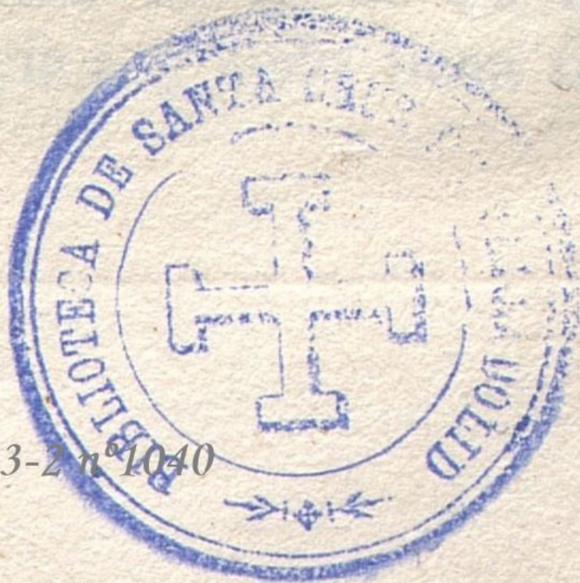
POR

el R. P. Mtro. Fr. Miguel Huerta, Examinador Sinodal del Consejo Real de las Ordenes, y Predicador del REY NUESTRO SEÑOR, en su Convento de San Felipe el Real de Madrid, Orden de San Agustin.

MADRID:

IMPRENTA DE REPULLÉS, plazuela del Angel.

1817.



SERMON

DE SAN FERNANDO.

REY DE ESPAÑA.

predicado á la Asamblea y Capítulo de la
Real Militar y Benemerita Orden de Ca-
balleros de San Fernando, presidida por el
rey nuestro señor Don Fernando VII,
Cefe y soberano de este Nobilísimo Orden
de Caballería, el día 2 de Junio de 1817.

Por

el Sr. D. Juan de los Rios, Abogado Fiscal de la Orden,
Real Abogado del Consejo Real de las Ordenes,
y Presidente del Rey nuestro señor
en su Consejo de San Felipe el Real de
Almería, Orden de San Agustín.

MADRID:

Imprenta de San Juan, plaza del Angel

1817.

*Deus præcinxit me virtute.... perfecit pedes
meos tanquam cervorum, super excelsa sta-
tuens me. Ps. 17. v. 33, 34.....*

SEÑOR.

El hombre nació para ser grande. El honor, la gloria y dignidad en que fue criado; todos cuantos rasgos reunió en él el Grande Obrero y Supremo Hacedor del Universo; todo le demuestra un ser grande, un ser respetable y magestuoso.

Su razón, en la que lleva impresa la imagen y semejanza del criador: su alma, revestida de inmortalidad, y susceptible de todos los bienes y riquezas que atesora el mismo Dios que la formó: su corazón, donde lee estampados con caracteres gloriosos y perceptibles el fundamento de la justicia, la ciencia de sus deberes, las fecundas semillas del bien, y aquellas ideas primordiales que le inspiran acciones laudables, y le dictan sentimientos virtuosos..... todo convence incontestablemente que el hombre nació para ser grande: todo habla en favor de su gloria y de su magnificencia; y todo llena de

asombro á nuestro espíritu , hasta admirarnos con el Profeta , y decir : *¿qué es el hombre, ¡Dios grande ! qué es el hombre , para que así te engrandezcas y ensalces ? ¿ Qué es el hombre , para que emplees en él todas vuestras atenciones y cuidados ? Es cierto , Señor , que le hicisteis de condicion algo inferior á los Angeles ; pero al mismo tiempo le colmasteis de honor y de gloria (Ps. 8, 5, 6) ; le hicisteis grande.*

No hay duda : el hombre nació para ser grande , y sin disputa lo hubiera sido siempre , si miserable no se hubiera degradado prodigando su corazón y su amor á lo que es inferior á él ; si ingrato no hubiera hecho servir contra su Benéfico Autor aquellos mismos bienes que un deber indispensable le obligaba á restituírseles con acciones de gracias. Pero toda esta primitiva grandeza , esta gloria , esta magestad le fue momentánea ; la perdió infielmente.

El pecado. . . ¡ qué mudanza tan espantosa ! ¡ qué trastorno tan terrible ! El pecado , encorvándolo ácia la tierra , haciéndolo grosero y carnal , le degradó y transformó en un ser despreciable , criminal , digno de anatema.

Es verdad , que no pudo extinguir del todo aquel alto rango en que fue criado al principio. Aun conserva la memoria de la excelencia de su origen. Sus tinieblas y natural depravacion no han podido borrar las impresiones de su augusta grandeza. Siempre siente en su

87

corazon como una fuerza irresistible, que blanda y amorosamente le arrastra á emprender con ardor, y á egecutar con resolucion, lo que cree conveniente para elevarse á la clase gloriosa de los hombres grandes y de los héroes.

De aquí, de la propension natural á recobrar los augustos derechos de la naturaleza, perdidos por la culpa, el exponerse los hombres á los mayores peligros por caminar constantes por la senda del honor, y merecer entre sus semejantes una justa fama y digna reputacion. De aquí el consagrar gustosos sus servicios, sus personas, su sangre, y aun su misma vida en defensa de una patria amada y de un Príncipe, que respetan y aman. De aquí, en fin, aquel secreto é imperioso móvil que tan gloriosamente obra en el ánimo de los que, dotados de un alma grande y de un corazon magnánimo, arrostran todo género de privaciones, de riesgos y de costosos sacrificios por defender el trono de sus Reyes, y hacer respetar á las demas naciones su patrio suelo.

Aquel interior dictámen de propia excelencia que hallamos continuamente en nuestro corazon, y que tan halagüeño se presenta á nuestros deseos cuando se termina á hacer felices á nuestros hermanos: este secreto dictámen les condujo á acciones laudables y heróicas, por las que logran el justo esplendor que los eleva sobre las demas clases, y la noble munificencia con que los premian sus Príncipes.

Es cabalmente, Señor; es justamente lo que en este santuario de la paz publican hoy, de un modo digno de héroes cristianos, los ilustres guerreros, que despues de haber prodigado su sangre en defensa del trono de V. M. y de la libertad de esta Católica Monarquía, tienen la lisongera complacencia de rodear en este dia su Augusta y Real Persona.

Un noble y ardiente deseo de verdadera gloria les hizo superar con inimitable heroicidad los espantosos males, que como en inundacion vinieron fraudulentamente sobre nuestra amada patria: una cordial y sincera gratitud ácia la persona de V. M., que con tanta munificencia ha galardonado sus servicios, su noble ardor militar en las acciones distinguidas y heroicas, los atrae hoy á este templo para tributar dignos homenages y reverentes cultos al Glorioso é Inmortal Héroe, bajo cuyos auspicios, nombre é invocacion se ha creado su Real, Militar y Benemérita Orden de Caballería.

¡Recompensa digna del mérito! ¡Premio conveniente, por el que V. M. llena los sacrosantos derechos de la justicia! ¡Noble proceder el vuestro! ¡O Ilustres y Beneméritos Caballeros! Noble proceder, por el que protestais en presencia de los Altares del Dios de los Egércitos, que su mano invisible, su brazo omnipotente fue *el que os ciñó de fuerza* en las acciones peligrosas que sostuvisteis, *el que perfeccionó vuestros pies como los de los ciervos,*

9

dotandoos de aquella excelente virtud militar que sabe usar de celeridad y prontitud para no omitir las ocasiones, y el que os elevó á lo alto, á la alta gerarquía de Caballeros de SAN FERNANDO.

Pero esta gloria, á la que, por una propension connatural á las almas grandes, aspirasteis desde el celebérrimo DOS DE MAYO, cuna memorable de este distinguido y nobilísimo Orden; esta grandiosa condecoracion con que os ha ennoblecido la liberalidad del Monarca; este honor, reservado exclusivamente al mérito incontestable, á la constancia militar, á las acciones de guerra indudablemente heróicas; esta gloria, ¿la podreis vosotros conservar inmarcesible sin que sea segundada? Dirélo mejor: los arriesgados servicios militares, que sirven de mérito y de apoyo á esta brillante Orden, ¿no exigen de vuestra parte otros nuevos? ¡Ah! No se forman los héroes con solo un rasgo de valor, ni merece este glorioso título el que no es constante en hazañas ilustres.

Y vea V. M., Señor; vea V. M. el fin á que se termina el elogio que vengo á pronunciar en presencia de esta Augusta Asamblea del Héroe Inmortal á quien veneramos en aquel Altar Santo, del glorioso progenitor de V. M., de nuestro bienaventurado SANTO REY DON FERNANDO, tercero de Castilla. Mi designio es demostrar en él *un Héroe*. Pero como esta expresion aislada nada presenta que pueda llenar

B

debidamente el piadoso obgeto que anima á esta solemnidad, dirigida á rendir sus homenajes por primera vez al SANTO REY, bajo cuyo nombre y proteccion ha creado V. M. este brillante Orden de Caballería: por otra parte, no siéndome permitido el olvidarme jamás de que egerzo entre los hombres un ministerio de vida, de salud y de santificacion, debo predicarle *un Héroe cristiano*. Esto es, un hombre que estudió las virtudes que forman los héroes, y que supo practicarlas. Dos puntos que hacen todo el plan y division de mi discurso.

¡Dios Grande! ¡Dios Eterno y Omnipotente! Vuestra gracia sola es el autor del verdadero heroismo. Vos, que ceñís de fuerza al que os agrada fortalecer; que disponeis del corazon del hombre con mas plena libertad que el alfarero de la arcilla, dignaos derramar sobre mis palabras la uncion santa de vuestra gracia: os lo suplicamos por la mediacion, &c.

AVE MARÍA.

§. I.

Solo Dios es Grande. Señor: decia que solo Dios es grande, y que á él solo pertenece la gloria, el honor y el poder. Si los hombres, zelosos por una parte del interior sentimiento que les descubre la grandeza de un alma que aspira á reinar con Dios, y deslumbrados por otra con los halagüenos obgetos que les ofrece su desarreglada imaginacion, se han afanado siempre por parecer grandes: si constantes en seguir la senda que guia á la alta cumbre de la fama, procuran mostrar en todas sus acciones aquel valor asombroso, que sabe emprender trances árduos con la seguridad de un suceso glorioso; y en fin, si logran verse distinguidos con honores y premios, no por eso consiguen verse colocados sobre los límites de su esfera. Su origen siempre es un poco de barro deleznable, la misma nada; y su gloria un fósforo que se disipa al mismo tiempo que aparece.

Su verdadera gloria, su heroismo es fruto exclusivo del conocimiento y práctica de las virtudes cristianas. Estas son las que realmente honran y ennoblecen al hombre: las que forman su sólida grandeza, como que su egercicio es el fin de nuestro humano ser, y la perfeccion de nuestra naturaleza.

No es necesario, Señor; para evidenciar esta verdad eterna, no es necesario recurrir al

testimonio de los filósofos de la gentilidad, * cuyas sentencias sobre este punto serian sin duda dignas de esta cátedra, santa si un motivo de religion las hubiese santificado en su boca. Ni tampoco creo preciso el desenvolver las grandes y victoriosas razones de que abunda la doctrina del cristianismo para demostrarla. El testimonio solo del bienaventurado REY FERNANDO la convence decisivamente.

Elevado sobre un plan de educacion sólidamente cristiana: adoctrinado por su augusta madre Doña Berenguela, digna heredera de la heroica virtud y fervorosa piedad que siempre se admiró en los Reyes de Castilla, sus Augustos Progenitores. . . . ¡Qué grandes son, Señor! ¡Qué grandes son los héroes que forma el cristianismo! ¡Ah! en la historia de sus gloriosas hazañas no leen nunca aquellos rasgos ignominiosos que obscurecen y degradan la vida aun de los mas ilustres personajes. Su gloria comienza donde por lo comun encalla la de todos los héroes profanos. Y vea V. M. la diferencia que se notará siempre entre los héroes que forma la vanidad del mundo, y los que forma el cristianismo. Aquellos rara vez entran en la carrera del heroismo tan grandes como

* Platon, Sócrates, Ciceron, y sobre todos Epicteto en su Enquiridion ó Manual, conocieron y enseñaron que la virtud sola puede hacer la gloria y grandeza del hombre.

cuando la terminan. Para elogiarlos es indispensable que el orador corra un velo sobre sus primeros años: le es necesario no darles, por decirlo así, ni infancia ni juventud; por manera que sus alabanzas no pueden nunca exceder la data de su reputacion.

No así en la Religion, donde el héroe comienza con el mismo hombre, como lo admiramos en nuestro SANTO REY FERNANDO. Educado por su ilustre madre, según las reglas y máximas del Evangelio, conoció desde sus mas tiernos años que no hay verdadero mérito y sólida gloria donde falta la virtud; que en vano aspirará el hombre á cosas grandes, si *Dios no le ciñe de fuerza y robustece sus pies*; que todas las máximas de la humana política, aun las mas juiciosas, y todos los conocimientos que sirven á formar un esforzado militar, son un vano recurso y un gran fondo de debilidad, si aquellas no son dirigidas por los consejos de la Divina Sabiduría, y estos sostenidos por el brazo del Omnipotente.

De una educacion tan santa, de primicias tan felices, ¿qué no debia esperarse? De un alma acostumbrada desde el principio á buscar en solo Dios la virtud fuerte que distingue á los héroes; de un corazon siempre en vigilancia contra los peligros del vicio, ¿qué no debia prometerse? Grande sin duda se presenta la religion en aquellos varones ilustres, donde halló pasiones que combatir; pero es indudable se

descubre mas brillante, mas grandiosa en aquellos que como SAN FERNANDO se vieron siempre adornados de la incorruptible virtud.

Como en su propio centro brilló ésta en su corazon. Siempre guiado de aquella célebre sentencia del Sabio, que dice: teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre (*Eccles. 12, 13*); siempre guiado de esta santa máxima, entendió plenamente lo que apénas fue conocido de ninguno de aquellos héroes profanos que adora el mundo; á saber, que el heroismo y la santidad no son incompatibles; que el hombre que se deja fascinar de sus pasiones, nunca será grande; y que si hay en la tierra alguna cosa honorable, ilustre y merecedora de la pública estimacion, es el vivir segun la voluntad de Dios, el temer su justicia, y observar su ley santa.

No lo dudeis, Beneméritos y Nobles Caballeros: la virtud es el esfuerzo mas heróico del corazon del hombre grande; el uso mas noble y acertado que puede hacer de su razon. Un alma virtuosa, ó lo que es lo propio, un alma egercitada en las obras de la fé, nunca halla empresa que le sea dificil; porque su rectitud hace venir sobre su corazon todas aquellas virtudes que inspiran magnanimidad, firmeza, constancia; las que ó no se encuentran jamás en los héroes profanos, ó solo se hallan en idea. Y con efecto, ¿qué importa que el hombre reuna en sí mismo todas las brillantes

cualidades que la elocuente antigüedad celebró en sus Filósofos y Césares, si su corazón no es dirigido por el temor santo de Dios? Mas claro, ¿qué es un hombre nacido con valor si no tiene virtudes? Un monstruo. . . . ¡Ah! ¡vosotros (1) lo visteis en los celebrados Generales que presidian á las orgullosas legiones que destruisteis con tanta heroicidad! ¿Qué es, digo, un hombre nacido con valor si no tiene virtudes? Un monstruo, un injusto, que mide sus empresas, no sobre sus derechos, sino sobre sus fuerzas; un inicuo que se cree permitido todo lo que le es posible. ¿Qué es un campo; qué es un ejército, cuyo gefe es irreligioso? Una multitud confusa de malvados que recibe del que la manda el egemplo del crimen; que no reconoce en la victoria otro derecho que el de insultar al vencido.

Fijad si no por un instante vuestra atención en aquellos egemplares de decantada heroicidad que vuestra erudición os estará presentando. El hijo de Filipo Macedon os asombrará sin duda al verlo conquistar con tanta rapidez á casi todo el mundo conocido en su tiempo hasta el lejano Indo: vereis vastos imperios rendidos á sus pies, y sus habitantes arrastrando las cadenas de la esclavitud; pero al mismo tiempo, ¡qué horror! Las ciudades envueltas en llamas, y sus defensores espirando clavados en cruces, como lo practicó en Egipto con mas de dos mil guerreros que defendian la ciudad, que hizo

llamar Alejandría. Vereis en Ciro un héroe que os sorprende con sus hazañas, si es que Herodoto y Xenofonte en su Historia y Ciropedia no intentasen mas bien seguir con Homero los senderos de la fábula que los preceptos de la verdad austera; le vereis romper las cadenas del largo cautiverio de los hebreos para que volviesen á la restauracion del templo de Jerusalén, vaticinada por Isaías (*Is. 45.*); pero os horrorizará el ver devastados cuantos hermosos pueblos se encierran desde el mar Egéo hasta el Eufra-tes, la Siria, la Arabia, y hasta el soberbio y floreciente imperio de los Babilonios, inundán- dolo todo de sangre, de desolacion, de horror y de muerte.

Pero si la virtud, si el temor del Señor y el respeto á sus Divinas Ordenanzas es el norte que dirige al gefe, y el alma que anima á los batallones. . . . ¡oh! ¡qué espectáculo tan interesante á la humanidad no presenta un ejército! ¡Pluguiese á Dios que las ideas de nuestro SANTO REY FERNANDO se imprimiesen indeleblemente; que sus egemplos no se borrasen del co-razon de los que la Divina Providencia ha des- tinado al noble y honroso cargo de las armas! ¿Quántos héroes ennoblecerian entonces nues- tro patrio suelo? Pero. . . . lo diré, aunque sea en la amargura de mi alma: por desgracia son muy pocos los que se escudan anticipadamente con las bellas noçiones que nos da el cristianis- mo de la virtud necesaria en el héroe. Hombres

estimables sin duda por sus talentos, por sus prendas é ilustre nacimiento, capaces de cosas grandes, dotados de apreciabilísimas cualidades, y con disposicion para adquirirse un dia la verdadera gloria de los héroes, se forman, sí, se forman el lisongero pensamiento de arribar á tan alto rango; pero sin colocar sus apreciables esperanzas en la sola fuerza de aquel Dios Grande, que como dice el Profeta, es *el que ciñe al hombre de valor, el que perfecciona sus pies, dotándolos de la agilidad y prontitud de los ciervos, y el que le eleva á lo alto.*

De aquí, ¡qué de funestos resultados no experimentan despues en su carrera! ¡qué de males no lloran en la edad madura! ¡cuántas veces, y para su confusion y vergüenza, encuentran en aquello mismo que lisongeaba su loca presuncion, su propia ruina, cuando no una mancha que los excluye para siempre de la clase gloriosa de los héroes. La virtud, es indudable, católicos; el estudio y conocimiento de la virtud es lo que dispone al Heroismo, así como su práctica es lo que forma los héroes. Segundo punto, demostrado en la persona de nuestro **SANTO REY DON FERNANDO III.**

§. II.

Entre todos los hombres célebres que la antigüedad pagana anumeró en la clase honrosa de los héroes, apenas hallará V. M. uno solo que mereciese con justicia este glorioso dictado. No obstante las magníficas y pomposas decoraciones con que la culta Athenas y la soberbia Roma ensalzaron sus varones ilustres, siempre se notaba que bajo sus floridas espresiones y ameno language, ocultaban unos personajes viles y despreciables. Por lo comun casi todos fueron ó ambiciosos, crueles y vengativos en sus proyectos, ó insolentes, altaneros y arrogantes en la prosperidad, ó cobardes, pusilámines y desesperados en sus desgracias. Pero no debemos admirarnos; porque la soberbia é hinchada sabiduría del siglo, aunque pueda gloriarse de conocer lo que constituye un héroe, nunca puede formarlo.

Esto solo es peculiar del Cristianismo Santo, cuyas reglas observadas fielmente, elevan al hombre á aquel alto grado de eminente heroicidad, en el que, como nuestro SANTO REY FERNANDO, obra siempre sin cobardía en la adversidad, sin pasion en sus empresas, y sin insolencia en sus triunfos.

Sin cobardía en la adversidad. ¡Ah! son bien conocidos los enormes y fieros desastres que la desmesurada ambicion del pérfido Don Alvaro

Nuñez de Lara hizo venir sobre Castilla. Este caballero. . . . dije mal; este monstruo de ingratitude, abusando torpemente de la confianza que le habia dispensado Doña Berenguela, encendió la tea de la discordia, de la revolucion y de la guerra; pero ¿cuándo? ¡Qué desgracia para un jóven Príncipe de 18 años, subir al trono en circunstancias en que la faccion y la parcialidad prevalecian en todos los ángulos del reyno! ¡Qué calamidad tan terrible é infausta verle todo abrasado en guerras sangrientas, las ciudades convertidas en castillos, y los pueblos en fortalezas! Este fue, Señor; este fue el principio del reynado de nuestro Santo Héroe. En su proclamacion, cuando fue alzado por Rey en la ciudad de Nájera, toda la Castilla era fronteras: en todas partes habia soldados; pero en ninguna vasallos: todo era Rey, excepto el Rey mismo.

Pero, ¿sucumbe? El héroe cristiano no desmaya nunca. En su corazon jamás tiene lugar ni la vil timidez, ni la infame cobardía. SAN FERNANDO habia aprendido con el estudio y conocimiento de las virtudes que forman los héroes, que la adversidad es la que decide del verdadero heroismo, y que como dice el sábio (Prov. 16. 32.) *el hombre es mil veces mas glorioso cuando se vence á sí mismo en la afliccion, que cuando conquista y triunfa.* Asi que, ni la pérfida alevosía de Don Alvaro Nuñez de Lara; y lo que es mas, ni el ver in-

vadidos sus estados por su padre Don Alonso de Leon *, fue bastante para hacerle perder aquella grandeza de alma y celsitud de corazon que es propia de los héroes.

Siempre confiando en que Dios, *que le ciñó de fuerza y de virtud*, continuaria fortificándole con su auxilio y prosperando sus empresas, arrostró con heróica firmeza estas turbulencias, venció á los rebeldes, pacificó sus pueblos; pero sin mostrar la mas leve insinuacion de furor ó de venganza, aun en circunstancias en que todo provocaba esta vil é indigna pasion. No podia olvidar que si el acobardarse el hombre en las desgracias, si el intimidarse en la adversidad es propio de almas pequeñas y de corazones mezquinos, el vengarse del enemigo vencido y humillado es la última prueba de la cobardía. Siempre Rey para con los enemigos de la religion y del estado, se conducia revestido de un carácter indomable, fuerte, invencible: siempre hombre, no hubo infeliz ó desvalido que no admirase en su persona, y que no encontrase en su augusto corazon la bondad y proteccion conveniente.

Los Reyes Moros de Baeza, de Córdoba y

* Don Alonso, que algunos llaman IX. de Leon, sentido de que los castellanos no le hubiesen dado el reyno y corona de Castilla, auxilió la conspiracion de los revoltosos, y se entró él mismo con sus tropas en Castilla, haciendo la guerra á su hijo el SANTO REY FERNANDO.

Sevilla admiraron con asombro su intrepidez y prudencia, su valor y sencillez. Verdadero Héroe formado por la religion: justo apreciador de aquellas virtudes evangélicas que conducen al heroismo, combatia con esfuerzo, conquistaba con valor, triunfaba, no como Anibal sobre Sagunto, ni como Scipion sobre Cartago y Numancia, ó como Tito, el ponderado Tito sobre Jerusalén, sino como un Héroe cristiano, que modera y reprime constantemente aquel fuego de cólera exaltada, que se descubria en el semblante de los decantados conquistadores que tanto ensalzó la gentilidad.

Tenia siempre presente en su ánimo aquella célebre sentencia del grande, del inmortal Agustin mi preexcelso Padre, que dice *: *Pacem debet habere voluntas, bellum necessitas*: esto es, que el Héroe debe marchar al combate por necesidad, y que si su fuerte brazo es para la guerra, su corazon debe ser siempre para la paz.

Esta santa máxima, acompañada de la mas exacta observancia de los deberes imprescriptibles de cristiano, era como el ángel tutelar que dirigia sus marchas y presidia á sus batallas. ¡Ah! yo no me admiro, Señor; ni V. M. se maravillará de que su corazon fuese constantemente superior á los movimientos turbulentos del furor. Y á la verdad, un conquistador temeroso de Dios, ¿podrá ser vengativo? un capitán

* Epist. 108.

que antes del combate se ocupaba en morigerar sus soldados, y disciplinar su ejército; que como otro Josué castigaba el hurto sacrílego de Acham, y coronaba la fidelidad de Caleb; que siempre se hacia amar como padre, y temer como Rey; este capitán ¿podria jamás manifestar una conducta semejante á la de aquellos que despues de la victoria se complacen en fundar sobre las ruinas del vencido? un gefe, cuyo campo era el asilo de la virtud, de las costumbres y de la piedad; cuyo pabellon era como un verdadero santuario, donde postrado las noches enteras delante de una imágen de María Santísima, levantaba sus manos al cielo, aquellas manos que en tiempo de Moysés ellas solas destruían mas batallones que las que herian con la espada, este gefe ¿seria vengativo ó cruel?

No lo es nunca el Héroe cristiano. Este sí, durante la accion, en los críticos momentos que se suceden con rapidez, y que deciden de la suerte de las batallas, se conduce como SAN FERNANDO, como un ángel exterminador, que lleva ácia todas partes el terror, la confusion y la muerte; pero despues del combate en vano se buscará en él ni el orgullo del victorioso, ni la altanería é insolencia del triunfador.

Aben Mahomet, Rey de Baeza; Abenhu-diel, Rey de Murcia; Benhalamar, Rey de Granada; estos Reyes Moros se maravillaron de la cordial clemencia con que los recibió y

obsequió nuestro Santo Conquistador. Contento con ver á estos Reyes vencidos y humillados á sus pies, los dejó vivir.

La política del siglo, siempre murmuradora, siempre mal contentadiza, hubiera censurado la heróica generosidad con que SAN FERNANDO sabia descender del carro de su triunfo: hubiera deseado y aun pedido la muerte de los Reyes Moros, arrollados y vencidos. Pero nuestro Santo, siempre héroe, protestaba en su corazón que adoraba á un Dios justo y misericordioso; y que no estando seguro de como le daria mas gloria, si castigando ó perdonando, queria mejor sufrir la censura é incurrir en la nota de mal político, que en la de cruel.

Ayatáf, Gobernador de Sevilla, será siempre una prueba inmortal de la conmisericacion y clemencia de SAN FERNANDO para con sus enemigos. Vencido valerosamente, y obligado á entregarle aquella numerosa, rica y fuerte ciudad, recibió de la generosidad de nuestro SANTO REY los mas señalados beneficios. Mientras fue rebelde y obstinado le trató como un Rey irritado; pero humillado y vencido no quiso conservar sobre él otros derechos que la superioridad de sus gracias y beneficios.

Contento siempre con ver prosperar la religion y el estado; siempre gozoso de sus triunfos, debidos no tanto á su destreza y valor, quanto á la mano invisible de Dios, *que le ceñia de virtud, y perfeccionaba sus pies para*

ma de mí esta pública y solemne confesion. Yo sé que vosotros llenasteis en la pasada tan sangrienta como gloriosa lucha, todas las virtudes que en los siglos anteriores se admiraron en aquellos ilustres guerreros y esforzados capitanes, que merecieron ser contados entre los héroes; y qué se yo, si excederia los límites respetables de la justicia, si añadiese que los excedisteis á todos. Es verdad que nuestra España siempre ha sido temida y respetada del extranjero. El impertérrito valor de nuestros egércitos; la invencible serenidad de nuestros soldados; la gravedad, la circunspeccion, el pundonor, la honradez y generosidad de nuestros Generales y Capitanes, han hecho que el heroismo se admire siempre y se halle como vinculado á nuestras triunfantes Banderas.

Aun viven esculpidas en bronce las heróicas virtudes é ilustre fama de los nobles defensores de Calatrava y de Alcántara. Todavía se pronuncian con respeto los ilustres nombres; todavía se celebran en todo el mundo cristiano los importantes y arriesgados servicios de proteccion y de humanidad que dispensaron los héroes denominados de Santiago. Pero, es preciso decirlo; éstos, unos y otros tuvieron la ventaja de repeler la fuerza de los Moros bajo el mando, bajo las órdenes, direccion y sábios consejos de sus Reyes. Pero vosotros. . . . ¡ah! privados por la atroz perfidia de un monstruo. . . . Privados. . . .(2).

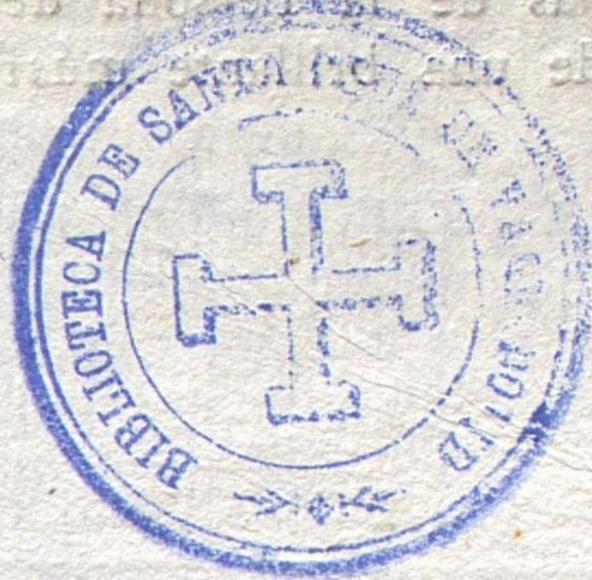
D

Séame lícito, Señor; permítame V. M. correr un velo sobre una escena, que aunque tantas veces repetida, siempre se representa como nueva á nuestro leal y sensible corazon. Sin embargo no debo omitir el recordar á V. M. que estos beneméritos y esforzados guerreros son hoy las tiernas delicias de sus amados vasallos. Esta Augusta Asamblea, superior por la presencia de V. M. á la pomposa Ovacion de los Romanos; esta nobilísima Asamblea que por primera vez se ha reunido en Capítulo para tributar al cielo dignos sacrificios de alabanza; que vé recompensadas sus distinguidas acciones de guerra de un modo singularísimo; que no puede fijar sus cristianos ojos en esa santa Imágen (3), sin que su corazon sienta toda la vehemencia del amor y de la gratitud ácia la persona de V. M., que por tantos medios y modos se ha esmerado en honrarla; esta augusta Asamblea, ¿qué de ideas tan agradables no suscita en nuestro corazon?

¡Ah! Hasta la mas remota posteridad celebrará con regocijo sus beneméritos servicios; las generaciones futuras, al ver ennoblecido el pecho de algunos de nuestros Militares con la Cruz de la Real y Militar de SAN FERNANDO, dirán con entusiasmo: he aquí los salvadores de la Patria, los defensores del trono, el gozo y consuelo de los pueblos; he aquí, repetirán con júbilo; he aquí reproducido el heroismo de FERNANDO el III; he aquí personalizada la

justa generosidad del VII.

¡Dios Grande! Vos, que no permitís nunca que el mérito y heroicidad de los que ceñís de fuerza, y fortaleceis con vuestra virtud, quede jamás sepultado en la noche obscura del olvido: Vos, que velais tan visiblemente sobre la persona de nuestros REYES, y sobre toda esta Católica Monarquía, asegurándonos en la sucesion del Trono la tranquilidad del Reyno; dignaos asimismo perpetuar entre nosotros por vuestra gracia las virtudes y santidad de vuestro siervo fiel nuestro bienaventurado REY SAN FERNANDO. Ceñidnos de virtud; fortaleced nuestros corazones con la uncion santa de vuestra Omnipotente Gracia; á fin de que armados todos con el escudo de la Fé, con el morrion de la Esperanza, y con la cota y cinturon de la Caridad, formemos todos en la tierra un pueblo fiel, espiritual é inocente; un pueblo que por su union, concordia, fraternidad y armonía pueda expresar, aunque de un modo imperfecto, la consumada felicidad de que goza eternamente el pueblo celestial de la gloria. Así sea.



NOTAS.

(1) Las historias ofrecen pocos egemplares que puedan llamarse semejantes á nuestra gloriosa revolucion. Nuestros Generales á una y como por milagro se olvidaron de sus bienes, su reposo, su tranquilidad y familias; y solo atendieron á sostener el honor español y el decoro del Trono, uniéndose al solo obgeto de expeler de nuestro suelo al enemigo, y mantener los legítimos derechos de nuestro augusto Soberano el Señor Don FERNANDO VII.

(2) El Orador se contentó con hacer una indicacion sobre lo que exigia un largo y dilatado discurso, cual pide el mérito singular de nuestros Generales y Guerreros durante la cautividad de nuestro Monarca; pues no obstante verse con instrucciones varias de las diversas Juntas provinciales, mayormente en el año de 1808 y 1809; no hubo en todos mas que una voz, una accion, y un solo interes; la salvacion de la patria.

(3) El REY nuestro Señor, deseoso de hacer mas brillante, mas augusto, y mas solemne este acto, mandó que la imágen de SAN FERNANDO que se custodia en la Real Armería, y que por estatutos de la Real Capilla no puede sacarse de aquella si no para estar patente en ésta los dias de su octava, fuese llevada á la Real Iglesia de San Isidro para la funcion; lo que en efecto se verificó en la tarde de 1º de Junio con todo el aparato y pompa convenientes, escoltada por Guardias de la Persona del REY y Alabarderos, precedida de una brillante música.

UVA BRSC. EFG 13-2 n°1040

UTA WHSC LEG. 13-2 n°1040